

# INVENTO DE LOS GRIEGOS<sup>1</sup>

Andrés Suzzarini

Hemos venido esta mañana a rendir homenaje a Alberto Rosales, maestro y amigo de muchos de quienes estamos aquí, con motivo de habérsele conferido en fecha reciente el Premio Nacional de Humanidades, premio a los desvelos que han conformado su vida consagrada a un oficio peregrino.

El oficio de Alberto Rosales es la filosofía, invento de los griegos de hace 2.500 ó más años, que ha dado forma y sentido a la cultura occidental. En lo que llamamos origen de este singular oficio destaca el nombre de Tales de Mileto como responsable paternal del invento. Después de él todos los filósofos que en el mundo han sido y los que son se han sentido afiliados, unidos por el mismo hilo con el oscuro y luminoso fundador. Revisando las cuentas engarzadas en el hilo, en el primer cabo brilla el objeto primero del primer filósofo y de los siguientes: el amor a la verdad. Las etimologías, que suelen ser descaminadoras, en el caso del oficio que nos ocupa, llevan los pasos mejor encaminados: Filosofía, como sabemos todos desde el bachillerato, quiere decir amor a la sabiduría, y el filósofo es el amante de la sabiduría. Sócrates quizás sea el más esclarecido de los que han rechazado sin humildad el título de sabio, reclamando con orgullo el de amante de la sabiduría. Sabiduría es saber de la verdad. Y el amante de la sabiduría, el amante verdadero, va hacia el objeto de su amor con esperanza y desconfianza de alcanzarlo y con el temor de que la verdad pueda ser desoladora. Porque el filósofo ama la verdad al punto de aceptar la más desoladora y no una mentira por mucho que sea autorizada o consoladora. Quiere a la verdad que se acredita a sí misma en el tribunal de los hechos y la razón. Verdad fundada en fin, quiere el filósofo, sostenida sobre hechos y razones.

Hemos hablado del verdadero filósofo y como para entendernos suelen ser útiles los contrastes, quizás sea conveniente figurar al filósofo de la mentira. En todo oficio encontramos, al lado de quienes honesta y laboriosamente buscan el mejor resultado, a quienes buscan hacer pasar por bueno lo que está íntimamente defectuoso. En el reino de espíritu, en el mundo de la inteligencia, es frecuente la inteligencia aplicada a propósitos torpes. Si en la vida política, como desde niños nos han dicho y se nos dice, “la inteligencia sin probidad es un azote”, no lo es menos en la vida del intelecto, aunque aquí las consecuencias pocas veces llegan a ser cruentas. Filósofos hay, filósofos de mentira, si es que eso puede decirse sin contradicción, que perpetran sus tratados para un público ávido de afirmaciones reafirmantes de sus ingenuas creencias, creencias sobre lo humano y lo divino, sobre lo civil y lo militar. Suelen ser secuencias de ideas, las más variadas e insensatas, mal amalgamadas con aparentes buenas intenciones que

---

<sup>1</sup> Texto leído en el acto de Homenaje al Dr. Alberto Rosales, en 1998 (auspiciado por la Sociedad Venezolana de Filosofía y la Facultad de Humanidades de la Universidad de Los Andes). Posteriormente publicado en el libro *El final de la Filosofía*. Ediciones FAHE. Universidad de Los Andes, Mérida, 2000.

se recomiendan por la compañía de alguna desventurada cita de Platón o Aristóteles, de Kant, de Hegel, Marx o cualquier otro nombre de los que abultan los manuales de Historia de la Filosofía. Ausentes están de ellos el verdadero rigor, el estudio sostenido, reflexivo, sin prisa pero sin pausa, con la mira puesta en la verdad y no en una notoriedad pasajera.

Pero ¿por qué ese afán del filósofo por la verdad? La verdad es que la actividad del filósofo parece oponerse a las profundas verdades y los sanos preceptos que nos enseña el buen amor del mundo, llevando a su molino el agua de la autoridad del más autorizado de los filósofos: “como dize Aristótil, cosa es verdadera, el mundo por dos cosas trabaja: la primera, por aver mantenencia; la otra cosa era por aver juntamiento con fenbra placentera”.

Dice Juan Ruiz cosas que dice el vulgo y que con aparato académico y vocabulario técnico repiten novedosas teorías científicas: que el hombre actúa en vista de aquellas cosas que le rinden provecho y que todas ellas pueden reducirse a dos: pan y sexo. El filósofo sin embargo, descrea por igual del saber científico y del saber popular y suele ser motivo de irrisión para sabios y simples. Tales de Mileto vuelve a nosotros como figura ejemplar: ¿para qué sirve este hombre que se la pasa mirando a las estrellas y no ve los huecos de las calles en donde puede caer?, se preguntaban a la vez las almas cándidas y las almas sensatas. Porque el primer experto en eclipses que registra la historia no quiso aplicar sus conocimientos para obtener alguna comodidad material. Quería el cultivo del saber desinteresado, del saber por el saber, del que lleva en sí mismo su carga de gratificación. Pero el saber popular y el saber científico son tenaces, y por todos los medios pretenden reducir los motivos del filósofo a la fórmula famosa. También es tenaz el filósofo, y si es verdad que en último caso la búsqueda de la verdad está motivada por más o menos implícitas urgencias del vientre, esa verdad la quiere desinteresada y perfectamente averiguada. Entre tanto que ella se averigua, regocijémonos porque uno de los nuestros, nuestro amigo, el filósofo Alberto Rosales, ha sido premiado por su terminante y fructífera prueba de amor a la sabiduría.